

**LAS LEYES Y LA  
LIBERTAD**  
CRÓNICA PARLAMENTARIA

21 de junio de 2013

Escrita por:  
**José Luis Melero**

Hoy es 21 de junio y he pasado el día en las Cortes. Nunca en mi vida había pasado un día entero en las Cortes. He ido a la Aljafería muchas veces, desde luego: para reunirme o para comer con algunos amigos diputados; para ver exposiciones (maravillosa la última de viejas fotografías de la ciudad, “Zaragoza en la mirada ajena”, que preparó José Antonio Hernández Latas); para asistir a conferencias o a esos instructivos ciclos de conversaciones que coordina Fernando Sanmartín y en los que algunas veces he participado; para cumplir con el protocolo en las recepciones institucionales del día de Aragón..., o simplemente para visitarla sin más, porque me gusta enseñar el Palacio a los amigos que vienen de fuera. Pero nunca había estado tantas horas dentro. Tenía que pasar allí el día porque me han encargado que escriba una crónica de la sesión parlamentaria de hoy. Como si uno, que apenas sabe de libros y aún de esto solo lo justo, fuera un nuevo Luis Carandell, a quien no sé si admiramos más como cronista parlamentario o como autor del aquel fantástico libro, *Celtiberia Show*, que acabo de levantarme a buscar por casa sin éxito (ya no encuentro

nada, yo que si de algo presumía era de tener bien ordenada la biblioteca). Tuvo mucho éxito Carandell con ese libro, yo diría que algo más del que vamos a tener nosotros con nuestro volumen de crónicas.

Cuando esta mañana iba para las Cortes paseando por María Agustín pensaba que si en lugar de ser hoy 21 hubiese sido 29 de junio habría comenzado mi crónica recordando la abolición de los Fueros y los Decretos de Nueva Planta y cómo y por qué algunos amigos míos aragonesistas salen ese día a la calle con brazaletes negros. Pero faltan ocho días y hubiera sido forzar mucho las cosas, así que pasé a pensar en otra cosa: en que la historia podría haberse escrito de otro modo y en que tal vez yo hubiera acabado entonces de diputado en estas mismas Cortes. Fui uno de los fundadores de un pequeño partido político en 1986 y, como durante años fuimos tan pocos, siempre tuve amables presiones para ir en las listas, para ocupar responsabilidades políticas, para que dejara de trabajar en los asuntos culturales y me zambullera de cabeza y sin salvavidas en el proceloso mar de la política. Así ocurrió durante no pocos años. Yo siempre dije que no y me resistí numantivamente a dejar mis libros y mis afanes. No, por supuesto, porque no me interesara la política o la considerara situada en un escalón inferior a mis ocupaciones, llamémoslas así, intelectuales, sino porque estaba del todo convencido de mis pocas cualidades para el ejercicio diario de la actividad política. Hay que creer mucho en las ideas de uno para dedicarse a la política, hay que estar muy seguro de sí mismo para pensar que siempre se tiene razón y que el adversario siempre está equivocado, y hay que tener mucho cuajo para defender fervientemente tus ideas en cualquier situación y no dar nunca respiro, ni un minuto de respiro, al adversario. En los partidos no hay margen para la duda: “nosotros tenemos razón y los demás están equivocados”, podría ser el lema o leyenda de todas las formaciones políticas. Yo, en cambio, tengo una incapacidad manifiesta para ser sectario, sumo tantos o más amigos entre los que no piensan como yo que entre mis correligionarios, dudo de todos los dogmas y soy desde luego capaz de saber apreciar las razones del rival y de reconocer que estoy equivocado. ¿Me imaginan en una sesión de las Cortes diciendo desde la tribuna: “señoría, creo que usted tiene en este caso razón y que

no he sabido darme cuenta de ello hasta ahora. Le pido disculpas y retiro mi propuesta para votar a favor de la suya”? Por eso hubiera sido un político tan disparatado como pintoresco, y por eso no acepté nunca dedicarme a menesteres tan alejados de mi forma de ser y de estar en el mundo.

Entro por fin en el salón de plenos y lo primero que veo es a José Ángel Biel en la presidencia. Es con Francisco Pina (que también fue presidente como él) el más veterano, un auténtico superviviente, el hombre que lleva en las Cortes desde la primera legislatura. Treinta años legislando ininterrumpidamente. De haber vivido Biel en tiempos de Costa, a Manuel Bescós Almudévar, *Silvio Kossti*, no le hubieran encargado su epitafio pues nunca habría podido cerrarlo con el famoso “no legisló” con el que abrochó el del bueno -aunque gruñón- de don Joaquín. Hablando de presidentes, a mí el que siempre me cayó muy simpático fue José María Mur, porque lo veía comprado libros antiguos en la Feria del Libro Viejo de Madrid del paseo Recoletos. Cuando a un político lo ves comprando libros (y si son libros viejos, raros y delicados, con mayor razón) es imposible no sentir por él cierta ternura. Mur compró en una caseta de la Feria, delante de mí, sin él advertir mi presencia (aunque si la hubiera advertido habría sido lo mismo, pues de nada me conocía entonces), la monografía que Ricardo del Arco publicó sobre *El Real Monasterio de San Juan de la Peña* en 1919. Recuerdo que no la compró barata. Le metieron un buen rejonazo. Desconozco si José Ángel Biel compra libros, pero sería bonito que lo hiciera y que interrumpiera los plenos cuando algún corredor o librero de viejo le llevara algunos para vendérselos. Sería hermoso que dijera por el micrófono: “Señorías: quince minutos de descanso, porque acaban de avisarme de que Miguel Ángel, el gitano de Alagón, me trae una primera edición de uno de los continuadores de Zurita. Deséenme suerte en el lance y en el regateo”. Decididamente, eso le haría más humano. Algo parecido, dicen, es lo que hacía don Antonio Cánovas del Castillo, que detenía los Consejos de Ministros para atender a quienes le ofrecían algún buen libro antiguo. Yo no sé si alguien así es siempre de fiar, pero lo prefiero a aquellos otros que se gastan el dinero en barcos de recreo, trajes de marca o coches de lujo. La fabulosa biblioteca que llegó a formar Cánovas,

interrumpiendo si hacía falta esos Consejos de Ministros, llegó a contar con unos treinta mil libros muy bien seleccionados y a su muerte se repartió entre doce herederos, libreros como Pedro Vindel (que compró aproximadamente la mitad) y coleccionistas como Lázaro Galdiano (que llegó a adquirir unos mil). Con los años, buena parte de los libros de Cánovas se dispersaron y todos hemos podido comprar algunos ejemplares. Yo, que ahora recuerde, *De Madrid a Panticosa. Viaje Pintoresco a los pueblos históricos, monumentos y sitios legendarios del Alto Aragón*, de Carlos Soler y Arqués, de 1878. De esa extraordinaria biblioteca se imprimió en 1903 un rarísimo catálogo en tres tomos, *Lista alfabética y por materias de las papeletas que para la redacción de un Catálogo se encontraron en la biblioteca del Excmo. Señor D. Antonio Cánovas del Castillo*, que compré en una subasta en Madrid. Entre esos libros, además de la primera del Quijote, estaba también el manuscrito original del *Buscón* de Quevedo. Yo creo que el señor Biel, si supiera que le iban a llevar a vender el manuscrito de la *Agudeza y Arte de Ingenio* de Gracián también interrumpiría el pleno y llamaría corriendo a Amado Franco para ver cómo le financiaba la adquisición.

Lo siguiente en lo que me fijo es en el conjunto escultórico de círculos concéntricos, obra de Pablo Serrano, que está detrás del presidente. Creo recordar que esto fue una ocurrencia, que no una idea, de los tiempos de Francisco Pina: retirar el escudo de Aragón y sustituirlo por esos círculos concéntricos que no llegan a cerrarse, tal vez para simbolizar que por ellos fluye y discurre el debate libre y democrático. Aquello fue un auténtico disparate, muy propio por otra parte de un territorio tan surrealista como éste: apartar del salón de plenos el escudo de Aragón, con su enorme carga histórica y simbólica, y colocar en su lugar una escultura que igual sirve para un roto que para un descosido. Porque si esa escultura la colgáramos en el templo de una logia masónica, en el aula de una asociación de esperantistas o junto al altar de una de esas nuevas parroquias que se levantan en los barrios obreros, podríamos argumentar que simboliza el amor y la comunión entre todos los hombres y que esos círculos abiertos representan la fraternidad universal y la desaparición de las fronteras; y si la colocáramos en el palco de La Romareda nos serviría para explicar que la afición zaragocista es

abierta y acogedora y que por esas aberturas pueden entrar todos cuantos estén dispuestos a animar de forma indesmayable al equipo. Relegar el escudo de Aragón fue un gesto impropio de nuestros representantes democráticos, y más bien parece cosa de nuevos ricos sin cultura o de gentes que no sienten apego ni respeto por sus símbolos y sus tradiciones. Aquello fue un enorme desatino histórico que habrá que corregir más pronto que tarde. Fue como si sustituyéramos los frescos de Goya en el Pilar por algo más actual y *moderno*, pongamos por caso por una colección de *Cuttlas*, el muñeco naif y minimalista de Calpurnio. Naturalmente que Serrano y Calpurnio están muy bien, eso a nadie en su sano juicio se le ocurre ponerlo en duda, pero no presidiendo las Cortes en el lugar del escudo de Aragón ni en las cúpulas del Pilar en vez de Goya. Tener que explicar esto causa sonrojo. (1)

Estoy solo en la tribuna de invitados y escucho atentamente las intervenciones. Dos cosas me llaman la atención desde el principio: la primera es que muchos de los parlamentarios hablan entre sí sin atender lo más mínimo al diputado que interviene desde la tribuna y sin que el presidente les advierta sobre ello, mientras que otros están escribiendo o preparando sus siguientes intervenciones, con lo que el resultado final es el mismo: que muy pocos escuchan a quien está en uso de la palabra. A alguien como yo, ajeno al trabajo parlamentario y que no visita regularmente la Aljafería, le sobresaleta comprobar el poco caso que hacen sus compañeros al orador de turno. Esto, al menos, es feo. Estéticamente feo. Ya comprendo que una gran mayoría de los temas que se debaten no interesarán a todos, pero a uno le parece que al menos sería conveniente guardar las formas. Y la segunda cosa en que fijo mi atención es en comprobar el gran trabajo que se ven forzados a realizar los grupos minoritarios, que tienen que repartirse entre muy pocos todos los temas, lo que les obliga a un denodado esfuerzo para poder participar en los debates. Entre los grupos mayoritarios habrá algunos diputados que nunca hayan intervenido en esos debates, y sin embargo los de los minoritarios están en un sinvivir permanente.

Me interesa el punto cuarto del orden del día: la proposición de ley que presenta el Grupo Parlamentario Socialista -y en su nombre Javier Lambán- de

apoyo a los emprendedores y a los autónomos. Parece un texto razonable, bien argumentado y que podría aportar soluciones. Luis Ángel Romero, uno de los diputados de Izquierda Unida de Aragón, interviene para pedir el apoyo a los inmigrantes y a los más desfavorecidos. A Romero lo conocí cuando era alcalde de Andorra. Fuimos hasta allí para homenajear a un ilustre hijo del pueblo, a mi amigo Eloy Fernández Clemente, y Romero me causó una impresión extraordinaria. Hoy está también a gran altura, como José Luis Soro que, en nombre de Chunta Aragonesista, levanta la voz para decir que el Gobierno de Aragón es hoy una franquicia de Madrid. La proposición es rechazada con los votos del PP y del PAR, y Lambán se muestra entonces agresivo, acusa al Gobierno de injuriar y de insultar, y critica con dureza tanto a Jorge Garasa, que interviene en representación del PP, como al representante del PAR Antonio Ruspira. Esa agresividad me parece algo forzada y teatral, impostada tal vez, similar a la de aquel día del año 2005 en que -como los buenos zaragocistas recordarán muy bien- el presidente Alfonso Soláns Soláns, que nunca perdía la compostura, protestó enérgicamente contra las actuaciones arbitrales que estaba sufriendo el Zaragoza tras un partido en Albacete. Rayó nuestro presidente entonces a la altura del gran José María Roderó (o mejor, del laureado sir Laurence Olivier, que Soláns es mucho Soláns y recuerda al actor inglés en su magnífico porte aristocrático) y hoy Javier Lambán no le ha andado a la zaga. Sé que éste, dispuestos a buscar un símil futbolístico, hubiera preferido uno que tuviera por protagonista al Real Madrid, pero a mí, aragonés, zaragozano y zaragocista, no se me ocurre ninguno. Ni falta que me hace.

El modelo sanitario aragonés también es objeto de debate y yo estaba interesado en seguirlo. Esta vez son José Javier Sada, en representación del Grupo Socialista, y dos diputadas, Patricia Luquín y Nieves Ibeas, de los Grupos de Izquierda Unida de Aragón y CHA, respectivamente, quienes intervienen. Sada habla de un claro retroceso en el proceso sanitario y, tras la contestación del Consejero de Sanidad, Bienestar Social y Familia, Ricardo Francisco Oliván, al que una vez más le interrogan sobre el tema de la privatización de la sanidad, Luquín asegura que la tranquilidad del Consejero es su intranquilidad como

diputada, y Nieves Ibeas le acusa directamente y sin tapujos de estar desmantelando la sanidad pública. María Herrero, del PAR, se desenvuelve bien y afirma que lo que no quiere su partido es convertir a todos los trabajadores de la sanidad en funcionarios. No me pareció este debate sobre la sanidad algo que no hubiese escuchado ya decenas de veces, con un Oliván atrincherado tras su discurso de siempre y una oposición que se ve impotente para sacar adelante sus propuestas.

A continuación, el Consejero de Agricultura, Ganadería y Medio Ambiente, Modesto Lobón, hace constar desde la tribuna el apoyo del Gobierno a la creación de la Reserva de la Biosfera Sierra de la Carrodilla y Valles del Cinca, Ésera y Noguera Ribagorzana. Por fin me entero de algo que desconocía y sigo atentamente la intervención de Lobón y las de Alfonso Vicente, Adolfo Barrena -que habla hasta del águila perdiguera- Joaquín Palacín y Joaquín Peribáñez. Tal vez influya mi ignorancia en el tema, pero me da la impresión de que todos saben mucho de esa Reserva y de que se han preparado muy bien lo que querían decir. Aunque no sé si mi opinión debe tomarse muy en serio, porque uno sabe de águilas perdigueras lo mismo que de logaritmos neperianos. Me ha gustado ver en la tribuna a Alfonso Vicente, zaragocista como uno, ahora Secretario Segundo de la Mesa, con quien viajé a algún desplazamiento de nuestro equipo cuando él era consejero del Gobierno y yo consejero del Zaragoza, y con quien canté a dúo unas jotas inolvidables en Huelva el día que nos clasificamos para la UEFA la temporada 2006-2007. He de decir que Vicente las cantaba con espléndida voz y notable pureza de estilo, por lo que yo, que pasaba por ser allí el experto, quedé muy malparado.

Hago una pausa para comer. Me voy desde luego a Casa Emilio, porque está justo al lado y porque la hospitalidad de Emilio Lacambra es siempre proverbial. Me pido mi plato favorito, la fritada, la maravillosa fritada de Casa Emilio, esa especie de pisto aragonés que si nos la sirvieran en El Celler de Can Roca y nos cobraran trescientos euros todos nos arrodillaríamos ante ella como papanatas.



Por la tarde se debate la política del Gobierno de Aragón con relación a la estabilidad presupuestaria, una moción presentada por el Grupo Parlamentario CHA. Todos los grupos están en contra del déficit asimétrico e instan por unanimidad a la DGA a no aceptar esa asimetría que se propondrá en el próximo Consejo de Política Fiscal y Financiera, puesto que con ella se favorecería y premiaría a las comunidades autónomas que han incumplido sus obligaciones. Intervienen Alfredo Boné, Ana María Fernández, Adolfo Barrena y Antonio Torres. Me alegro de que al menos en esto todos se pongan de acuerdo.

En la moción sobre política general en materia de minería y, en especial, de la minería del carbón, que presenta el Grupo de Izquierda Unida de Aragón, anoto una frase que pronuncia el socialista Javier Velasco, antiguo Consejero del Gobierno de Aragón y ahora Vicepresidente Segundo de la Mesa de las Cortes: “Aquí vengo ya *llorao*, lloro en casa y vengo *llorao*. Aquí vengo a trabajar”. Leída fuera de contexto, parece la frase que pudiera pronunciar un chulapo madrileño en un sainete de Arniches.

Y he podido comprobar lo poco que le gusta a la oposición la gestión del Consejero de Obras Públicas, Urbanismo, Vivienda y Transportes, Rafael Fernández de Alarcón. El diputado socialista José Ramón Ibáñez presenta una moción en la que critica con dureza que el Consejero hubiera reducido las inversiones de su departamento a mínimos históricos y en la que le hace responsable del empeoramiento manifiesto de las relaciones entre el mundo empresarial y el Gobierno.

Se hace ya tarde y he de marcharme. Me gusta que Aragón tenga sus propias Cortes como las tuvo en el pasado -las de hoy ya por suerte verdaderamente democráticas y representativas- y que las albergue este magnífico palacio. Y me gusta el parlamentarismo, porque es consustancial a la democracia y a la libertad. No sé hasta qué punto todo lo que aquí se legisla influye en el día a día de los ciudadanos, pero tampoco me importa mucho. Su carga simbólica es más importante: Aragón, en el ejercicio del autogobierno que le corresponde como nacionalidad histórica, elige por sufragio universal a sus

diputados y éstos dictan leyes en libertad. Es por lo que muchos luchamos hace tiempo. Y aunque la actividad parlamentaria parezca aburrida o irrelevante, en realidad no lo es: la que de verdad es aburrida e insoportable es la tiranía. Y en ella se acaba siempre cuando un régimen democrático desaparece. Cuidemos y perfeccionemos pues el nuestro, que costó mucho construirlo entre todos. Aunque a veces nos parezca tedioso o intrascendente.

(1) Una vez escrito este trabajo leo en “Heraldo de Aragón” del 18 de septiembre de 2013 que el presidente de las Cortes José Ángel Biel impulsa un proyecto que recuperaría el tapiz con el escudo de Aragón para presidir de nuevo el salón de plenos en sustitución de la escultura de Pablo Serrano. No han podido leer todavía en las Cortes este texto mío, ni mi solicitud apasionada para que el escudo de Aragón volviera al salón de plenos. Esta coincidencia en el tiempo de ideas y deseos me conmueve y me llena de satisfacción, aunque no deja de preocuparme: nuestros diputados “solo” han tardado nueve años en darse cuenta de su error.

**José Luis Melero**